ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LOS INCASABLES

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

SEGUNDA EDICIÓN

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
MADRID

MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1899

LOS INCASABLES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de los HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

5547

LOS INCASABLES

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

Estrenado en el TEATRO DE VARIEDADES de Madrid
el 6 de Mayo de 1886

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

—

1899

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
SOFÍA	D.ª	LUISA RODRÍGUEZ.
DOLORES		EMILIA TORRECILLA.
ARMANDO	D.	JOSÉ VALLÉS.
FELIPE		ANDRÉS RUESGA.
UN CAMARERO		JOSÉ G. LA HOZ.

La acción en San Sebastián

ÉPOCA ACTUAL

ACTO UNICO

La escena representa la sala de descanso de un hotel en San Sebastián. En el centro un velador con periódicos. Dos mecedoras. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

DOLORES y ARMANDO

DOL. Es usted insoportable y me va á obligar á que se lo cuente todo á Sofía.

ARM. No, no hará usted semejante cosa. Estoy seguro de que no lo hará usted.

DOL. Si usted me promete no insistir en sus galanteos...

ARM. Me pide usted un imposible, Dolores... Yo no sé ocultar lo que siento: me gusta usted y se lo digo con toda franqueza.

DOL. Pero, hombre, ¡á los seis meses de matrimonio!

ARM. ¿Y qué culpa tengo yo de no haberla conocido á usted antes?

DOL. No, si me parece demasiado pronto.

ARM. ¿Y qué culpa tengo yo de no haberla conocido á usted después?

DOL. Usted mismo debiera avergonzarse de su conducta teniendo una esposa como la que tiene, tan bonita y que le quiere tanto.

ARM. Yo también la quiero á ella.

DOL. Pues se conoce muy poco.

ARM. ¿Por qué? ¿Porque me gusta usted y se lo digo? Pues no veo la incompatibilidad.

DOL. Pues yo la veo, y muy clara. ¿Se puede amar á dos mujeres á un tiempo?

ARM. Sí, señora; y hasta hay quien ama á tres ó cuatro.

DOL. ¡Qué atrocidad!

ARM. Y se comprende muy bien: el traje que usted lleva puesto debe ser del gusto de usted.

DOL. Claro, no le hubiera comprado si no.

ARM. Pues por la misma razón debía ser del gusto de usted el que llevó anoche al concierto.

DOL. Naturalmente...

ARM. Luego ya ve usted cómo pueden gustar dos trajes á un tiempo.

DOL. ¡Ah! ¿Y usted nos confunde á las mujeres con los trapos?

ARM. Es una metáfora: tomo el forro por el interior.

DOL. No he cído jamás ideas tan peregrinas. (Se ríe.)

ARM. Pero que es usted muy guapa lo ha debido usted oir muchas veces.

DOL. ¿Volvemos á lo mismo?

ARM. ¿Y qué remedio? Quiero ver si repitiendo mucho que la adoro la convenzo á usted de que es verdad.

DOL. Decididamente va á ser necesario que yo hable de esto con Sofía para que me libre de sus persecuciones de usted.

ARM. Señora, ¡por Dios!

DOL. ¡Ah! Me parece que es ella la que viene ahí...

ARM. (¡Caracoles!) Pues... á los pies de usted. (Mutis por el foro.)

ESCENA II

DOLORES. Después SOFIA

DOL. ¡Ay, qué hombre tan pesado! Hasta ahora he podido contentarme con reirme de él; pero hoy, que llegará Felipe, el asunto varía de aspecto. Pudiera comprometerme y...

SOFIA Muy buenos días, Dolores.

DOL. Muy buenos, querida Sofía.

SOFIA ¿Ya se ha bañado usted?

DOL. Sí, he estado en la Concha esta mañana muy temprano.

SOFIA Pues yo me he dormido mucho, y ya no pienso bañarme hoy... Afortunadamente dispongo de dos meses para tomar once baños, de modo que no tengo prisa.

DOL. Es verdad.

SOFIA ¿Y qué tal? ¿Ha llegado ya el viajero que esperaba usted con tanta impaciencia?

DOL. No, hija; con impaciencia no.

SOFIA ¡Vaya! ¿A qué negarlo?... No hace más que dos semanas que nos conocemos; pero somos ya íntimas amigas, ¿no es verdad?

DOL. Ciertamente. Ventajas de estas ciudades veraniegas, donde se contraen y estrechan las relaciones con suma facilidad.

SOFIA Pues entonces, ¿por qué no quiere usted ser franca conmigo?

DOL. Sí lo soy, Sofía...

SOFIA Vamos, ¿á que ese caballero que debe llegar hoy es algo más que amigo de usted?

DOL. Pues no, señora; hasta el presente no le he concedido más que mi amistad.

SOFIA ¡Ah! ¡Hasta el presente! Lo cual quiere decir que más adelante...

DOL. No sé, no sé... Las viudas somos muy cautas... y sobre todo cuando en el primer matrimonio no lo hemos pasado muy bien.

SOFIA ¡Ah! ¿De manera que su primer marido de usted?...

DOL. Sí... Por supuesto, yo tuve la culpa de mi desdicha... Me animó á casarme con él su posición social : era Gentilhombre... y jorobado.

SOFIA Pues no veo la gentileza.

DOL. Tampoco yo la ví nunca. El caso es que, mientras vivió, no conocí del matrimonio más que las amarguras.

SOFIA ¡Pobre amiga mía!

DOL. ¿Extrañará usted ahora que vacile y dude antes de contraer segundas nupcias?... Esto

sin contar conque el hombre que me hace el amor tiene muy mala fama y ha sido muy calavera.

SOFIA Lo cual importa tan poco, que hasta puede pasar por una garantía de que será buen marido. Ahí tiene usted á Armando: dicen que fué un soltero terrible... Pues se ha convertido sin violencia en un esposo modelo.

DOL. Efectivamente. (No lo sabes bien.)

SOFIA Me quiere tanto, que ni siquiera mira á las demás mujeres.

DOL. Es verdad, es verdad. (¡Pobrecita!)

SOFIA Y desde el día de nuestro matrimonio no me ha contrariado en nada... Es decir, sí; en una cosa me ha contrariado...

DOL. ¡Hola! ¿En la luna de miel?

SOFIA Sí... Vea usted qué cosa más rara. Se empeña en vivir en nuestro pueblo, en Avila, cuando yo desearía pasar los inviernos en Madrid.

DOL. Naturalmente. Pero, qué, ¿van ustedes á pasar la vida encerrados en Avila?

SOFIA Armando dice que viviremos donde me acomode, siempre que no sea en Madrid.

DOL. ¡Qué extraño!

SOFIA Ya ve usted: después de vivir él trece años en la corte, es cuando la ha cogido ese odio.

DOL. ¡Ah! Pues es preciso convercerle de que cometerá una tontería, no llevándola á usted á Madrid... Nada, nada; me comprometo á ayudarla á usted... ¡no faltaba más!

ESCENA III

DICHAS y ARMANDO

ARM. ¡Hola! ¿Todavía juntas?

DOL. Cuando usted se marchó no lo estábamos.

ARM. Sí, es verdad; tiene usted razón... pero como me dijo mi esposa que iba á salir en seguida á verla á usted.

SOFÍA Y salí en efecto; pero ¡hemos tenido una conversación tan interesante!

ARM. ¿De veras?

DOL. Hemos estado hablando de usted...

ARM (¡Caracoles!) Muchísimas gracias.

DOL. Su mujer de usted no hace más que ponderarle... ¡Ah, pícaro, qué engañada la tiene á usted!

ARM. Por Dios, Dolores; no diga usted eso...

DOL. Lo digo y lo repito.

ARM. ¿Has visto qué bromista es? (A Sofía.)

DOL. Precisamente en este intante acababa ella su discurso en pro de usted, y debía yo empezar el mío en contra.

ARM. Bueno, pues se suspende este debate.

DOL. ¡Quiá! No, señor. Por cierto que me alegro de que haya usted llegado: me gusta atacar de frente al enemigo.

ARM. (¡Virgen Santísima!) Pero ¿qué tiene usted que decir contra mí?

SOFÍA Ya lo verás, ya lo verás.

DOL. Eso; ahora mismo lo va á ver usted...

ARM. Pero Dolores .. (Esta es capaz de contar á Sofía que la hago el amor.)

DOL. Dice esta señora que usted es un marido modelo.

ARM. ¡Y tiene razón!

DOL. Pues no, señor; no la tiene...

ARM. ¿Cómo? (Pero esta mujer desea que me caiga aquí muerto de vergüenza.)

DOL. Y lo voy á probar.

SOFÍA Sí, que lo pruebe; eso es lo que hace falta.

ARM. ¿Qué ha de hacer falta? ¡Maldita!

DOL. Bastarán muy pocas palabras. (Armando mueve la mecedora con violencia.) ¡Por Dios, Armando! No mueva usted así la mecedora, que me voy á caer al suelo.

ARM. Dispense usted... estoy un poquito nervioso...

DOL. Sí, ya lo veo. (Y yo te voy á poner más.)

SOFÍA Conque vengan, vengan esas pruebas que usted ha prometido...

ARM. Pero qué ¿tomas en serio lo que dice Dolores?

SOFÍA Ya lo creo que sí. (Le hemos asustado.)

DOL. ¡Y hace muy bien en tomarlo!

ARM. (¡Virgen del Carmen!)
DOL. Conque prosigo...
ARM. (Nada, que se lo cuenta todo.)
DOL. ¿Cómo, me quiere usted hacer creer á mí que es un marido modelo un hombre que?... (Armando agita la mecedora.) ¡Ay!
SOFÍA Pero, Armando...
ARM. Dispense usted, los nervios... ya la he dicho que estoy muy nervioso...
DOL. Pues haga usted el favor de colocarse lejos de mí mientras le den esos arrechuchos.
SOFÍA Tiene razón, porque si no la vas á matar.
ARM. (Ya lo creo; de muy buena gana.)
SOFÍA Adelante, Dolores.
ARM. (¡Y la animal)
DOL. Pues bien; decía, que cómo ha de ser un marido modelo un hombre que...
ARM. ¡A almorzar! ¡Llaman á almorzar! Vamos, vamos, porque tengo un apetito..
SOFÍA No, hombre, no; si no llaman, si es muy temprano.
ARM. ¡Pues me pareció oir una campana!
DOL. Ese es el miedo que tiene usted ahora, á una campanada.
ARM. ¡Qué graciosa es!
SOFÍA Mucho, muchísimo...
ARM. (¡Lástima de parálisis en la lengua!)
DOL. Pues como decía... ¿puede pasar por marido modelo un hombre que teniendo una mujer tan bonita..
ARM. ¡Ah! Perdóneme usted un instante... ¿has guardado el chaleco que dejé en el cuarto?
DOL. ¿Pero quiere usted dejarme concluir?
ARM. Es que me he acordado de repente de esto, que es muy importante...
SOFÍA Sí ¡ya ve usted!... ¡guardar un chaleco!
ARM. Pero es que se trata de un chaleco que tiene en el bolsillo ochenta mil duros en oro.
DOL. No será un bolsillo, será una alforja.
ARM. No, no; ocho mil duros...
SOFÍA ¿Ocho mil?
ARM. No, no; tampoco... ochenta, digo, ocho, ocho duros eso es.
SOFÍA Pues apenas has bajado.

ARM. De todos modos me parece que no es cosa de que se pierdan.

SOFÍA Pues no se perderán; descuida; porque he guardado el chaleco.

ARM. Ya lo suponía yo; porque tengo la mujer mas hacendosa.. ¡no puede usted figurarse! Recuerdo que un día...

SOFIA Pero, hombre ¿olvidas que estaba hablando Dolores y que la interrumpiste?

ARM. Sí, sí, es verdad, tienes razón... (Nada, se empeña en llevar el desengaño.)

DOL. Pues vaya de una vez: digo que no es un buen esposo el que, contrariando á su mujer, no la lleva á Madrid á pasar el invierno.

ARM. ¡Ah! ¿Era eso? ¿Era eso?

SOFÍA Pues, ¿qué había de ser?

ARM. Efectivamente, sí; ¿qué había de ser? (¡Vaya un susto!)

DOL. Conque conte-te usted; defiéndase si puede...

ARM. Pues verá usted... (¿Y qué digo yo ahora?) No llevo á Sofía á Madrid porque temo que no la pruebe el calor.

DOL. ¿En el invierno?

ARM. No, no; el frío quise decir...

DOL. Sí; porque como es de Avila... un clima tan templado ..

ARM. (Y son dos necedades.) No, no; me explicaré... En Avila nieva mucho y Sofía está acostumbrada á eso... y tengo yo miedo de que el frío sin nieve... ¿me entiende usted?... Porque hay fríos... y fríos... y en ocasiones...

DOL. Nada, nada... Armando no quiere decirnos el verdadero motivo de su odio á la corte; pero alguno tiene, no me cabe duda...

ARM. Le juro á usted...

DOL. No jure usted en falso... Conque á ver si, como es natural, tiene con usted sola más confianza que con las dos juntas... Voy á arreglarme un poco...

SOFÍA ¡Ah, sí, sí!.. Hasta luego.

DOL. ¡Adios! (Aparte á Armando) ¡Y que sirva el susto de escarmiento! (Mutis.)

ESCENA IV

SOFIA y ARMANDO

ARM. Pero hija, ¿á qué viene el contar á Dolores que no quiero llevarte á Madrid?

SOFÍA ¿Por ventura se trata de un secreto?

ARM. Casi, casi.

SOFÍA Sí, es verdad; el motivo lo es, ó para mí, como si lo fuera porque no le conozco...

ARM. ¿Sí? Pues no lo dirás más. Ahora mismo le vas á conocer, porque no quiero que me pongas en más compromisos.

SOFÍA Pues habla, habla, que estoy llena de curiosidad.

ARM. En seguida. Los hombres, cuando estamos solteros, somos muy estúpidos.

SOFÍA Es verdad

ARM. Y hay muchos que lo siguen siendo también despues que se casan.

SOFÍA Es verdad.

ARM. Yo fuí .. pues .. como todos; y á los veinte años cometí muchas tonterías y sandeces, siendo la mayor de todas el declararme enemigo acérrimo del matrimonio...

SOFÍA ¡Hola! ¡Hola! ¡Buenas teorías!

ARM. Tuve dos amigos que participaban en absoluto de mis ideas, y nos pasábamos la vida en los cafés diciendo perrerías de las mujeres.

SOFÍA ¡Qué ocupación tan delicada!

ARM Pero un día nuestra necedad llegó á la meta y juramos con las manos unidas y acento melodramático, que ninguno de los tres nos casariamos nunca.

SOFÍA Pues si todos los hombres hubiesen sido de vuestra opinión se acabaría el mundo...

ARM. No, acabarse el mundo probablemente no... El caso es que juramos lo que he dicho é hicimos más: declaramos solemnemente que el que quebrantase el juramento quedaba

obligado á permitir á los otros dos que hiciesen el amor á su mujer.

SOFÍA ¡Qué desatino!

ARM. Feroz... sobre todo habiendo sido yo el que me he casado ..

SOFÍA Eso no tiene sentido común.

ARM. Lo mismo opino yo; pero lo jurado está jurado, y mis amigos, que permanecen solteros, viven en Madrid: ¿comprendes ahora por qué no quiero llevarte allá?

SOFÍA Pero, hombre, ¿tan poca confianza tienes en mí?

ARM. En tí, sí; pero no la tengo en ellos... sobre todo con la obligación de... ¡quita! ¡quita!

SOFÍA ¡Qué temores tan pueriles!

ARM. ¿Pueriles, eh? Bien se ve que no conoces á mis amigos: me obligarían á respetar mi promesa, ó propalarían lo del juramento... de todas suertes, el ridículo para nosotros... Nada, nada, Ávila, y siempre Ávila.

ESCENA V

DICHOS FELIPE y un CAMARERO

CAM. (A Felipe.) Ese es el cuarto: el número tres.

ARM. (¡Dios mío! ¡Felipe!) Vámonos, vámonos. (A Sofía.)

FEL. Bueno .. Ahora lleve usted esta tarjeta á doña Dolores Carrillo.

CAM. Está muy bien. (Vase)

SOFÍA Pero, hombre...

ARM. Anda de prisa.

FEL. Juraría que ese es Armando Olivares. (Llamandole) ¡Armando!

ARM. Anda, anda ..

SOFÍA ¿No has oído que te ha llamado?

ARM. ¿A mí? ¡Quiá!

FEL. Sí... él es... ¡Armando!

ARM. (No hay escape) (Volviéndose.) ¡Felipe!

SOFÍA (Toma, pues resulta que son muy amigos.)

FEL. No esperaba encontrarte en San Sebastián.

ARM. Ni yo á tí tampoco.
FEL. ¡Vaya, vaya con el buen Armando!
SOFÍA (Y yo un cero á la izquierda.)
ARM. Pues no sabes lo que me alegro de verte: ¿acabas de llegar ahora?
FEL. En este instante.
ARM. (Que no hubiera descarrilado el tren.)
FEL. ¿Quién es esa joven?
ARM. Una bañista...
FEL. ¿Casada ó soltera?
ARM. Ni lo sé: la he conocido hace un momento.
FEL. ¡Hola, pillo! ¿Y ya la estabas conquistando?
ARM. No, hombre, no..
FEL. No lo niegues; si os ibais juntos.
ARM. Bueno; porque me había pedido por favor que la arreglase unos anzuelos para pescar...
SOFÍA (¡Cómo me mira! ¡Pues hago buen papel!)
FEL. Y es guapa.
ARM. No, regular, nada más que regular.
FEL. Pues á mí me gusta mucho.
ARM. (¡Dios mío! ¡Le gusta!)
SOFÍA (Ya me canso.) ¿Vienes, Armando?
ARM. Sí, ahora...
FEL. Conque no la conocías y te tutea...
ARM. Sí... sí; pero hombre, tienes que ver que es vascongada...
FEL. ¿Y qué?
ARM. Pues que los vascongados tutean á todo el mundo: como no conocen nuestro idioma...
FEL. Sí, sí... (Este me engaña.) Conque tenemos que hablar despacio...
ARM. Todo lo que tú quieras.
FEL. Voy á quitarme el polvo del camino y vuelvo en seguida.
ARM. Bien; pues aquí te espero.
FEL. (A Sofía.) Ahora puede arreglar los anzuelos... (Vase.)
SOFÍA ¿Eh?
ARM. (Tan charlatán como siempre.)

ESCENA VI

SOFÍA y ARMANDO

SOFÍA ¿Qué anzuelos son esos? ¿Quién es ese Felipe?

ARM. Pues .. Felipe, ¿no lo has oído?...

SOFÍA ¿Y por qué no me le has presentado?

ARM. Porque no quiero que diga en ninguna parte que ha estrechado tu mano.

SOFÍA Pues, ¿no es amigo tuyo?

ARM. No, es decir, sí... pero no, no...

SOFÍA ¿En qué quedamos?

ARM. Mira, Sofía, no se lo digas á nadie; pero ese hombre es un asesino.

SOFÍA ¡Vírgen Santa! ¿Y á quién ha matado?

ARM. No, matar, no ha matado á nadie; pero es un asesino...

SOFÍA Sin matar, ¿cómo?

ARM. Siéndolo; ya te lo explicaré otro día.

SOFÍA ¿Y le permites que te tuee y te abrace?

ARM. Sí; pero se lo permito por una razón... (¿qué la diré?) por... gratitud... ¡figurate que le debo la vida!

SOFÍA ¿La vida?

ARM. Sí... una noche... una noche de invierno... que hacía mucho frío. . fué, ¿y qué hizo? pues me prestó una capa...

SOFÍA ¿Y qué?

ARM. Pues nada, que por eso no atrapé una pulmonía que me llevara al otro mundo... Conque si tienes esposo se lo debes á él.

SOFÍA ¿Y por cubrirte á tí se quedó sin abrigo?

ARM. No, mujer, no tanto; me dió una capa porque llevaba dos...

SOFÍA ¿Dos capas?

ARM. Sí, dos.. (Estoy dando por las paredes.) Se conoce que las acababa de robar...

SOFÍA ¿Y te trata un hombre así?

ARM. ¡Qué quieres!... ¡La gratitud!

SOFÍA Pero espera, ¿no envió su tarjeta á Dolores?

ARM. Sí, se la envió.

SOFÍA Toma, pues este es el amigo que ella esperaba...

ARM. Seguramente. (Otra complicación.)

SOFÍA ¡Dios mío! Pero ella no sabrá que es un hombre así..

ARM. ¿No lo ha de saber? ¡Vaya si lo sabrá! (Aquí me paga el susto de antes.) Y tan buena será ella como él...

SOFÍA No digas eso...

ARM. Si ya desconfiaba yo de la tal Dolores... tiene un aire tan desenvuelto... Toma, y ahora recuerdo lo que me dijo anoche Galindez en el casino.

SOFÍA ¿Qué te dijo?

ARM. Pues me preguntó: «¿Ha conocido usted al esposo de Dolores?» «No»—le respondí.—Y él me replicó: «Yo tampoco».

SOFÍA Bien, ¿y qué?

ARM. ¡Tonta! Pues eso quiere decir que nunca ha tenido esposo... que es una viuda de doublé falsificada.

SOFÍA ¿Será posible? Pues si me ha dicho ella que su marido era un Gentilhombre jorobado...

ARM. ¿Lo ves? ¡Mentira! ¿Cómo ha de ser un jorobado gentil?

SOFÍA ¡Ya me chocaba á mí!

ARM. ¡Si yo estoy á matar con estas amistades repentinas! A lo mejor un compañero del hotel sabe que estás mala y te receta un medicamento; le tomas, y cuando te pones buena te enteras de que te ha curado un veterinario.

SOFÍA ¡Y decía Dolores que su amigo tiene muy mala fama! Ya lo creo; ¡y bien merecida!

ARM. Nada, nada; hay que proceder con energía. Hoy mismo nos volvemos á Avila.

SOFÍA Si no he tomado más que cinco baños...

ARM. Pues á Biarritz; allí te bañarás... El caso es que no vuelvan á vernos con esa gente... Conque, ea, prepáralo todo, porque nos vamos en el primer tren que pase.

SOFÍA Sí, sí, en seguida.

ARM. Pues hasta luego.

SOFÍA ¡Adiós! (¿Quién había de decir que Dolores?...) (Mutis.)

ESCENA VII

ARMANDO

¡Qué belenes y qué laberintos!... ¡Buenos los he puesto á Dolores y á Felipe!... Si ellos lo llegaran á saber... Pero, sálveme yo y caiga el que caiga. ¡Precisamente cuando acababa de referir á mi mujer lo del juramento, presentarse uno de los juramentados! ¡Y Felipe! El más peligroso de los dos. Si hubiera sido Isidoro, no me importaría tanto, no señor; ¡pero éste! Y el gaznápiro empieza por confesarme que le gusta mi mujer... ¡Caracoles! ¡Ah! Ya sale.

ESCENA VIII

ARMANDO y FELIPE

FEL. Conque, querido Armando, ¿qué me cuentas? ¿Dónde te has metido estos ocho meses?

ARM. Pues, chico, en lo mejor de Europa... Londres, París, Viena, San Petersburgo, Avila...

FEL. ¿Avila?

ARM. Sí, Avila; pero no la de Santa Teresa de Jesús; sino una pintoresca aldea de la Suiza alemana. ¿Y tú?

FEL. Pues yo en Madrid, siempre en Madrid...

ARM. (Para que lleve yo á mi mujer.) ¿Y nuestro amigo Isidoro?

FEL. Hace cuatro meses que está en los Estados Unidos. Y debe encontrarse perfectamente, pues me escribe que por ahora no piensa en volver.

ARM. ¡Caramba, qué lástima que no te hayas animado á acompañarle!...

FEL. ¿Quién? ¿Yo? ¿Por qué?

ARM. No, no; por nada; porque se aburrirá allí solo.

FEL. A mí no hay quien me saque de la corte.

ARM. (Menos mal; tengo la seguridad de que no irá á Avila.)

FEL. ¿Y qué tal? ¿Te acuerdas todavía de nuestro juramento?

ARM. ¿No he de acordarme?

FEL. ¡Cosa más graciosa!

ARM. Muchísimo... Pero yo insisto en mi opinión: antes que el matrimonio, la muerte.

FEL. (Me ha partido.) Yo también conservo mi divisa...

ARM. (Sí, como un toro.)

FEL. ¡Eterna soltería!

ARM. (O lo que es lo mismo: estupidez perpetua.) Sin embargo, te he oído preguntar por Dolores Carrillo, y creo que á esa no la considerarás como una de tantas...

FEL. ¿Y cómo? Me ha encargado que la visite una hermana mía... (Que no sospeche.) Yo, ni siquiera la conozco.

ARM. ¡Embustero!

FEL. Armando, te he dicho la verdad...

ARM. ¡Quiá! Pero hombre, si sé que Dolores te esperaba hoy.

FEL. ¡No lo creas!

ARM. ¿Que no? ¡Si se lo ha dicho ella misma á mi mujer!..

FEL. ¡Cómo! ¿A tu mujer?

ARM. No, hombre, no... (¿Seré zoquete?) Me he equivocado. ¿Qué tiene de particular que uno se equivoque?

FEL. ¡Tú estás casado!

ARM. ¿Yo? ¿yo?... Felipe, no me ofendas...

FEL. Has dicho «mi mujer» con una espontaneidad que no deja lugar á dudas...

ARM. Bueno; eso es efecto de la costumbre.

FEL ¡Precisamente!

ARM. No, espera. Me explicaré .. (No hago más que desbarrar.) Han llegado las cosas á un punto en que ya es preciso decírtelo. todo. He venido á pasar el verano en San Sebastián con una joven...

FEL. ¿La que estaba antes contigo?

ARM. Esa... Sofía. La he presentado á todo el mundo como mi mujer y, naturalmente, me he acostumbrado á llamárselo.

FEL. Y es guapa. ¿Dónde la conociste?

ARM. En Biarritz el año pasado.. La ví un día que iba á entrar en el baño con un ruso.

FEL. ¡Qué descaro!

ARM. No, hombre, no; cubierta con un abrigo ruso... y me enamoré...

FEL. Ya se conoce; por lo que dura el entretenimiento.

ARM. Sí, ¿verdad? Pues, chico, ya se va á concluir. Estoy cansado, lo que se dice cansado (¡Dios mío, si me oyera Sofía!), y hoy mismo pienso volver con ella á Biarritz para dejarla donde la encontré...

FEL. ¡Siempre el mismo! Y dí, ¿por qué no me contaste antes todo eso?

ARM. Hombre, porque estaba Sofía delante, y si te decía la verdad se hubiese incomodado, y no diciéndotela me hubieras creído perjuro...

FEL. Es verdad...

ARM. Conque, querido Felipe, siento mucho no pasar una temporada contigo...

FEL. (Yo no lo siento nada.)

ARM. Pero lo tengo todo dispuesto para partir...

FEL. Nada, nada de violentarse.

ARM. Conque por si no nos vemos más, sirva éste de abrazo de despedida.

FEL. ¡Corriente! Adiós, querido Armando.

ARM. Voy á ver á qué hora pasa el expreso de París. (¡Qué ganas tengo de salir de estos embrollos!) (Mutis.)

ESCENA IX

FELIPE, después DOLORES

FEL. ¡Encuentro más inoportuno!... Y el majadero continúa en sus trece. Digo, si llega á saber que pretendo casarme con Dolores. Pero,

afortunadamente, se va y me deja el campo libre. ¡Vaya bendito de Dios!... ¡Ay, Dolores!... ¡Amiga mía!... (Dándola la mano.)

DOL. Dispense usted si le he hecho esperar: no estaba en mi cuarto cuando me envió usted su tarjeta, y hasta ahora que he vuelto no me la han entregado.

FEL. Si su ausencia de usted pudiera tener alguna compensación para mí, que no la tiene, la hubiera encontrado de seguro viendo, como he visto, á un antiguo compañero...

DOL. ¡Hola! ¿Y ha encontrado usted un amigo en San Sebastián?

FEL. Y al más querido y leal de todos.

DOL. ¿Le conozco yo?

FEL. Probablemente: vive en esta misma fonda... Armando Olivares.

DOL. ¡Toma! Ya lo creo que lo conozco: como que su mujer es también íntima amiga mía.

FEL. ¿Su mujer?

DOL. Sí; desde que nos hemos conocido aquí, no nos hallamos la una sin la otra: nos llaman las demás bañistas «Las inseparables.»

FEL. ¿Cómo? ¿Hasta ese punto se reune usted con Sofía?

DOL. Sí. . ¡Lo pregunta usted con un tono! ¿Qué tiene eso de particular?

FEL. ¡Vaya si tiene!... Sofía y Armando no son esposa y esposo...

DOL. Pues, ¿qué son?

FEL. Ya puede usted presumir... Lo cierto es que no están casados.

DOL. Pero, ¿ha perdido usted el juicio?

FEL. La he dicho á usted la verdad... que me consta.

DOL. Pero si me han contado mil veces cómo se verificó su matrimonio...

FEL. Eso cuesta poco inventarlo.

DOL. Ellos se conocieron en Salamanca...

FEL. Primer embuste: se conocieron en Biarritz.

DOL. Y se casaron en Avila, donde han vivido seis meses...

FEL. No se han casado en ninguna parte, y si es cierto que han vivido en Avila, no ha sido

en la ciudad española, sino en una aldea suiza que lleva también ese nombre.

DOL. ¡Dios mío! Y ella deseaba pasar el invierno en Madrid; pero él no la quería llevar.

FEL. Naturalmente; porque en Madrid, donde Armando tiene muchas relaciones, no se atreve á presentarla como su esposa.

DOL. ¿Y quién le ha dicho á usted todo eso?

FEL. Pues Armando, el mismo Armando, y no hace aun cinco minutos.

DOL. Entonces no es posible dudar...

FEL. ¡Desgraciadamente!

DOL. ¡Y yo he ido con ella á todas partes! ¡Dios mío! ¿Qué dirán de mí?

FEL. Pues que debe usted ser más cauta para elegir amigas.

DOL. ¡Qué vergüenza! Yo no puedo estar cerca de esa gente ni un día más: hoy mismo me marcho...

FEL. No, esa gente es la que se va dentro de una hora...

DOL. ¡Mejor!.. Ahora comprendo que se atreviera á hacerme el amor ese hombre, á los seis meses de matrimonio...

FEL. ¿También eso?

DOL. ¡Y con qué asiduidad!

FEL. (Parece que el mozo no se descuida.)

DOL. Sin duda creía que era yo de la misma ralea que su acompañanta... ¡Virgen Santa! ¡Y parecía una mosquita muerta!

FEL. Y vea usted; era una araña viva.

ESCENA X

DICHOS y SOFÍA. Esta última entra, y sin hablar se sienta en una mecedora á leer un periódico

DOL. Ahí está... No, pues sin hablarla la haré sentir mi desprecio...

SOFÍA (Ya están juntos. . Tenía razón Armando: son tal para cual)

DOL. Debe suponer que lo sé todo; porque vea us-

ted cómo no se atreve á dirigirme la palabra...

FEL. Sí, se hace la distraída...

SOFÍA (Comprende que la he conocido y teme hablarme...)

DOL. Pero, ¿ve usted con qué tranquilidad está leyendo?

FEL. ¡Ah! Es que estas mujeres son muy osadas.

DOL. Yo no puedo más... me retiro... hasta luego.

SOFÍA (Vamos, la queda un resto de vergüenza y no ha podido resistir mi presencia.)

ESCENA XI

SOFÍA y FELIPE

FEL. (¡Y es guapa! No; ese tunante siempre ha tenido suerte.) (Se acerca á ella.) ¿Espera usted á Armando, por supuesto?

SOFÍA (¡Qué atrevido!) Sí, señor...

FEL. ¿Se van ustedes hoy?

SOFÍA Sí, señor...

FEL. ¿A Francia?

SOFÍA Sí, señor...

FEL. ¿A Biarritz, eh?

SOFÍA Sí, señor...

FEL. (Y no sabes la que te espera allí.) ¿Conque por lo visto hace ya mucho tiempo que andan ustedes juntos?

SOFÍA ¿Quiénes?

FEL. Armando y usted.

SOFÍA Naturalmente: desde que nos casamos.

FEL. ¡Ah! ¿Desde que se casaron ustedes? ¡Tiene gracia!

SOFIA ¿Cuál?

FEL. Eso... del casamiento.

SOFÍA ¿Y por qué tiene gracia?

FEL. Conmigo es inútil el disimulo, yo estoy en el secreto.

SOFÍA ¿En cuál?

FEL. En el de ustedes... Además, conozco las costumbres del caballero: cada estío se presen-

ta en un balneario y siempre con esposa diferente: es ya una manía.

SOFÍA Pero, ¿á quién se refiere usted?

FEL. Pues á su... vamos... á él... á Armando...

SOFÍA ¡Habrá desvergüenza!

FEL. Vaya, no hay que hacerse la incomodada, que eso es muy feo... Hablemos como dos buenos amigos...

SOFÍA ¿Usted y yo?

FEL. Claro á mí me importa un ardite que usted sea ó deje de ser... Yo soy poco escrupuloso.

SOFÍA Ya lo sé...

FEL. ¿Que lo sabe usted?

SOFÍA Sí, señor; me ha hablado Armando.

FEL. ¡Ah!

SOFÍA El oficio de usted no es para tener escrúpulos...

FEL. ¿Mi oficio? ¿Me toma usted por un zapatero?

SOFÍA ¡Ya quisiera usted! Pero por no serlo encontrará algún día la horma de su zapato...

FEL. Pero, ¿qué está usted diciendo? ¿Cuál es mi oficio?

SOFÍA Pues... su oficio... (Hace seña de robar.)

FEL Señora, una insinuación de esa clase...

SOFÍA No, no se enfade usted, si yo no se lo he de decir á nadie... ¡Basta que prestara usted la capa á Armando!

FEL. ¿Yo?

SOFÍA Sí, señor.

FEL. Vaya, vaya; está usted loca, no he comprado una capa jamás.

SOFÍA Ya lo sé; las adquiere usted con más economía que comprándolas...

FEL. Pero ¿qué retahila es esa?... Mire usted, hija mía, se trata sin duda de una broma de Armando, á quien le gusta darlas muy pesadas... como va usted á ver muy pronto.

SOFÍA ¿Yo?

FEL. Sí, señora... (Me paga el embuste.) usted se las promete muy felices en Biarritz... y él la piensa abandonar á usted allí...

SOFÍA ¿Abandonarme?

FEL. Como usted lo oye: lo acabo de oir de sus propios labios...

SOFÍA ¿De los de Armando?

FEL. Sí... ¡Es muy voluble! Me extraña á mí que le haya usted retenido tanto tiempo á su lado...

SOFÍA Me juró estar toda su vida...

FEL. Siempre se hacen esos juramentos al principio; pero después que...

SOFÍA Que se hace la boda...

FEL. Eso... la boda... (Ha tomado en serio su papel de casada.)

SOFÍA Pero ¡Dios mío! Yo no le creo á usted, no; no le puedo creer; eso que usted me dice no sucederá, porque es una infamia...

FEL. ¡Vaya!... ¡Y llora!... ¡Pobrecita!... ¡Y es muy guapa!... Vamos, no se apure usted... Con una cara tan bonita no hay desgracia de esas que dure dos semanas... Yo mismo le ofrezco á usted amparo...

SOFÍA ¿Qué me propone usted?

FEL. Lo corriente. Se va uno, viene otro, y en paz...

SOFÍA ¡Caballero!

FEL. Nada de melindres: me parece que empiezo ya á amarla á usted...

ESCENA XII

DICHOS y ARMANDO

ARM. (¡Caracoles!) Quítese usted de ahí...

SOFÍA ¡Armando! ¿Sabes lo que acaba de decirme ese hombre?...

ARM. Sí, le he oído las últimas palabras...

FEL. Me alegro mucho.

ARM. ¡Silencio! usted y yo hablaremos en seguida.

FEL. Cuando quieras...

ARM. Anda, déjanos solos; porque nos tenemos que ir dentro de media hora...

SOFÍA No, yo no voy á Biarritz.

ARM. Bien, iremos á Arcachón.

SOFÍA Tampoco, yo no paso la frontera: yo no entro en un país donde está establecido el divorcio.

FEL. ¡Escrúpulos de monja! ¿Qué le importará á ella?

ARM. ¡Silencio! Bueno, iremos á Santander, donde tú quieras; pero vámonos de aquí cuanto antes.

SOFÍA A Avila, á Avila.

ARM. Corriente. Te bañarás allí en una tina.

FEL. (Claro: igual le da dejarla en un lado que en otro.)

ARM. Pero anda, prepáralo todo, á escape.. Yo tengo que hablar con ese un momento... Le voy á dar una de bofetadas...

SOFÍA Bien, bien. (No me cabe duda: ese canalla se ha querido burlar de mí.) (Mutis.)

ESCENA XIII

ARMANDO y FELIPE

ARM. ¡Felipe!... ¡Felipe! ¡Felipe! Te he oído decir á Sofía que empezabas á amarla...

FEL. ¿Y qué?

ARM. Hombre; ¡me gusta la calma!

FEL. Tendría derecho á hacerla el amor, aunque fuese tu mujer: ya lo sabes...

ARM. Sí, ya lo sé; es verdad... y si fuese mi mujer nada te diría; pero ¡como no lo es!

FEL. ¡Ah! ¿Consideras á esa infeliz más que si fuese tu propia esposa?

ARM. Sí... es decir, no... pero no...

FEL. ¿En qué quedamos?

ARM. En que cuando presté mi juramento no se habló para nada de Sofía, y en que estoy resuelto á que la respetes.

FEL. Bien, hombre; no regañemos por tan poca cosa... (No vaya á salir Dolores.) Pero escucha: ¿hablamos en aquella época de que te sería lícito presentarme á tus conquistas como un ladrón?

ARM. ¿Yo? ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

FEL. La misma Sofía...

ARM. (Lo echo todo á rodar.)

FEL. Primero con la acción..

ARM. ¿Cómo?

FEL. Así. (Seña con los dedos.)

ARM. ¡Ah! No quiso decir lo que te figuras...

FEL. ¿No?

ARM. En ella el hacer así significa: acérquese usted, me es usted muy simpático... No, pero es mala costumbre...

FEL. Pero si me habló también de una capa robada...

ARM. ¡Ah, sí! la que me robaron en Londres...

FEL. Pero si me dijo que era yo el que...

ARM. (¡Caracoles!) ¡Ah! Se ha confundido, se ha confundido... Como el ladrón se llamaba Felipe...

FEL ¿Y cómo sabe ella y sabes tú que se llamaba así?

ARM. Pues, hombre; por su tarjeta.

FEL. ¿Su tarjeta?

ARM. En Inglaterra es la costumbre... ¡Ah! Los rateros tienen muy buena educación... No creas que está descuidado eso como en España... Aquí gracias á nuestro talento natural... En fin, chico, adiós, se va á marchar el tren y no quiero perderle.

FEL. Bueno, bueno; adiós... y acaben los embustes... Pero escucha, me ha dado lástima de esa chica: no la abandones.

ARM. ¿Qué?

FEL. Que no la abandones. (Así no podrás ir á Madrid.)

ARM. Basta, ¿te interesas por su suerte? No digas más... ya sabes que yo en siendo cosa tuya.

FEL. No, cosa mía, no....

ARM. Bueno... mía... ¿Pero la quieres proteger? ¡Basta!...

FEL. Pues adiós, mala cabeza. (Mutis.)

ESCENA XIV

ARMANDO y SOFÍA

ARM. ¡Vaya una recomendación! Pero es preciso aprovechar estos instantes para largarnos... ¡Sofía!

SOFIA ¿Qué hay?

ARM. ¿Estás dispuesta?

SOFÍA Sí, ¿nos vamos?

ARM. Inmediatamente...

SOFÍA Pues toma, toma. (Maleta de mano, correas, cajas de sombreros, etc.) ¿Y en qué quedaste con ese pillo?

ARM. En nada, en que le despedí después de pegarle unss cuantos puntapiés.

SOFÍA ¿Qué creerás que me dijo?

ARM. Alguna barbaridad; pero ya me lo contarás en el tren... Conque, ea, andando. (Viendo á Dolores.) (¡Dios mío!)

ESCENA XV

DICHOS y DOLORES

DOL. (No se irá sin que sepa que le he conocido)

ARM. Corre, mujer, corre...

SOFÍA (A Armando.) ¿Has visto con qué desvergüenza nos sale al paso?

DOL. Pero ¿qué es esto? ¿Se marchan ustedes sin decirme adiós?

SOFÍA ¡Qué descaro!

ARM. Sí, tenemos mucha prisa; se nos está muriendo un primo y un hermano y una sobrina... en fin, se nos está muriendo toda la familia.

SOFÍA ¿Por qué mientes de ese modo?

ARM. Por no dar un escándalo, mujer.

DOL. Sí, es verdad que miente... Se marchan us-

tedes porque se ha sabido que no están casados.

ARM. (Soltando todo lo que lleva encima.) ¡Me mató!

SOFIA ¡Dios mío! ¿Oyes lo que dice?

DOL. ¡Vaya! ¿No ve usted el efecto que le ha hecho?

SOFIA Pero, ¿te callas?

ARM. Claro... La indignación... la ira... la cólera... y además... la cólera... y la ira... y la indignación...

SOFIA Sí, es natural. Pero, ¿quién le ha contado á usted esa infamia?

ARM. No lo creas... ¿Yo? Figúrate tú... ¡Yo!

DOL. No lo niegue usted, porque me lo ha contado Felipe.

ARM. ¡Felipe! Anda... ¡Felipe!... (¿Será majadero?) Pero, señora, ¿quién hace caso de Felipe?

SOFIA Pero ese hombre es un monstruo.

DOL. Señora, sepa usted que es una persona muy decente.

ARM. Sí, lo será... lo será...

SOFIA Qué ha de ser decente un hombre que se dedica á robar capas.

DOL. ¿A robar capas?

SOFIA Sí, señora; que se lo cuente á usted Armando...

ARM. Otro día, otro día... (¡Dios mío!) porque ya sabe usted que el tren no espera...

DOL. Pero si es un joven muy rico...

SOFIA Ya lo creo; como que le ha costado poco ganarlo.

DOL. ¡Sofía!

SOFIA Pero si no hay más que ver lo que ha hecho aquí en media hora que hace que ha llegado...

DOL. Pues ¿qué ha hecho?

SOFIA A usted la ha dicho que nosotros no somos casados... á mí que mi marido me iba á abandonar, y empezó á hacerme el amor.

DOL. ¿También eso?

ARM. ¡Ah, canalla! ¿Pues y lo que me ha dicho á mí de usted?... (Tengo que aprovechar su ausencia para salvarme.)

DOL. ¿También?

ARM. ¡Jesús! Me ha dicho que era usted una... cualquiera... y que no había usted tenido marido nunca.

DOL. ¡Qué infame!

SOFIA ¡Si debía estar en presidio!

ARM. Eso es poco. ¡Ahorcado!

DOL. Pero, ¿qué interés le habrá movido á inventar tanto embuste?

SOFIA Eso es lo que no se comprende.

ARM. Sí, señor... se comprende muy bien... El plan era vastísimo... porque el plan era... (¿Cuál sería el plan?) Pues el plan era separarnos á los tres, para enamorar á los tres... digo, no, á ustedes dos, sin peligro de descubrirse...

SOFIA Acaso, acaso...

DOL. ¡Qué cúmulo de iniquidades!

ARM. (Escapo bien.) Conque descubierto el criminal, démonos un apretón de manos, y al tren, Sofía...

SOFIA No, ya no nos debemos marchar.

ARM. (¡Cáspita!) Sí, hija, sí; que he puesto un telegrama á tu madre, diciéndola que llegaremos mañana, y se asustaría si...

SOFIA No, porque se pone otro...

ARM. Sabes que en el momento de acabar de poner el de antes hubo una tempestad horrible y se interrumpió la comunicación...

SOFIA ¡Qué casualidad!... ¡Ah! (A Dolores.) Mire usted mi alianza...

ESCENA XVI

DICHOS y FELIPE

FEL. Me alegro de encontrarte aquí todavía, Armando.

ARM. (¡Díos mío! ¡El fin del mundo!)

FEL. Te traigo un notición...

SOFIA ¿Sí? Pues guárdesele usted.

FEL. ¡Señora!

ARM. En efecto, guárdatele, porque ahora tengo mucha prisa...

SOFIA ¡Y aunque no la tuvieras! Acábense las contemplaciones.

FEL. ¿Qué tono es ese? Dolores, ¿oye usted cómo se explica?

DOL. No me dirija usted la palabra.

FEL. ¡Caracoles! ¿Qué ha pasado aquí?

ARM. Nada, hombre, nada; ya te lo explicaré otro día...

FEL. ¡Quiá! Ahora mismo...

SOFIA ¿Qué tal sigue usted de?... ¿Dónde le pegaste? (Aparte á Armando.)

ARM. (Aparte á Sofía.) Donde es costumbre dar los puntapiés.

SOFIA ¡Ah!... Hemos descubierto sus mañas de usted.

FEL. ¿Mis mañas?

ARM. Sofía, que se va á marchar el tren.

SOFIA No importa Usted ha dicho á Dolores que Armando y yo no estamos casados... No lo niegue usted.

FEL. Si no lo niego.

ARM. ¿Ves? No lo niega.

SOFIA ¿Eh? ¿Qué tal?... Me ha dicho usted á mí que Armando pensaba abandonarme... No lo niegue usted.

FEL. No, señora...

ARM. ¡Quiá! Tampoco lo niega.

SOFIA Y á Armando le ha dicho usted ..

ARM. ¡Nada! ¡Nada! A mí no me ha dicho nada...

DOL. ¿Pues no acaba usted de contarnos?...

ARM. No me acuerdo. ¡Tengo tan mala memoria!

FEL. Bueno, ¿y qué quiere usted decir con todo eso?

SOFIA Que es usted un trapisondista, y que merece usted que mi marido le de otra vez de puntapiés.

FEL. ¡Cómo! ¿Otra vez? Sepa usted, señora, que á mí nadie me ha dado jamás de puntapiés, y que lo que he contado se lo he oído á Armando.

SOFIA ¿A Armando? ¿Qué dices tú?

ARM. Lo siguente... y nada más: ábrete, tierra, y trágame.

SOFIA Pero, ¿no es usted ladrón?

FEL. ¿Otra vez?

SOFIA Habla, Armando, habla...

FEL. Eso, eso...

DOL. Sí, hable usted...

ARM. *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.* No quise enterar á Felipe de que estaba casado, y no tuve más remedio que inventar todos estos embrollos...

SOFIA ¿Y por qué querías ocultar nuestro matrimonio?

ARM. Porque Felipe es uno de los del juramento.

SOFIA ¡Ah!

DOL. ¿Y qué es eso?

FEL. (Riendo.) Ya se lo contaré á usted. ¿De modo que Sofía es tu esposa?

ARM. Sí, hijo, sí; aprovéchate.

FEL. Ya lo creo que me aprovecho; pero es para pedir su mano á Dolores...

ARM. ¡Ah! ¿Tú también? ¡Qué felicidad! Pero, ¿por qué no hablaste antes?

FEL. ¿Por qué no hablaste tú?... ¡Ah! ¿Y sabes cuál era el notición? Pues que Isidoro se ha casado en Filadelfia.

ARM. ¡Los tres!

SOFIA ¡Y se tenían por INCASABLES!

ARM. La historia eterna, Sofía.
No tengais antipatía
al incasable más fiero,
porque es siempre el que primero
va á dar en la Vicaría.

TELÓN

3 0112 115880350

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de *Hijos de Cuesta*, Carretas, 9; *Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; *José Ruiz y Compañía* (librería Gutenberg), Plaza de Santa Ana, 13; *Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; *M. Murillo*, Alcalá, 7.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracion

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.